



Nico el Osito y su Luz Brillante

Javier Jiménez Cortes



En un bosque lleno de árboles altos y flores de mil colores, vivía un pequeño osito llamado Nico. Cada mañana, al despertar, sentía una luz cálida y brillante que le llenaba el corazón de alegría, haciéndole sonreír antes de salir a jugar.



Un día, algo extraño sucedió. La luz en el corazón de Nico comenzó a parpadear, luego a atenuarse, hasta que casi desapareció. El osito sintió una tristeza profunda y sus hombros se encogieron, sus ojos perdieron su brillo habitual.



Con la cabeza gacha y el corazón pesado, Nico decidió caminar por el bosque, esperando encontrar algo que lo animara. Sus pasos eran lentos, dejando huellas suaves en la tierra mientras se adentraba más y más entre los árboles.



De pronto, un pajarito de plumas azules y brillantes se posó en una rama cercana. El pajarito, notando la tristeza de Nico, gorjeó una dulce melodía y le regaló una sonrisa tan grande que sus ojos parecían dos pequeñas estrellas.



Nico continuó su camino y llegó a un estanque brillante, donde una rana verde con ojos saltones lo observaba. La rana, al ver la pena del osito, saltó ágilmente y le dio un abrazo apretado con sus patitas, lleno de cariño.



Más adelante, Nico encontró a una sabia tortuga que tomaba el sol en una roca. La tortuga, con su caparazón lleno de patrones, le dedicó una palabra amable y reconfortante, susurrándole al oído que siempre hay motivos para sonreír.



Poco a poco, con cada sonrisa, cada abrazo y cada palabra amable, Nico sintió cómo la luz en su corazón empezaba a brillar de nuevo. Era una luz tenue al principio, pero crecía con cada gesto de amistad, calentando su pecho.



El osito se dio cuenta de algo maravilloso: su alegría no había desaparecido, solo necesitaba ser compartida. Al dar y recibir cariño, la luz dentro de él se hizo más grande y fuerte que nunca, llenándolo de una felicidad renovada.



Esa noche, el bosque entero pareció llenarse de la luz brillante que irradiaba del corazón de Nico, una luz que se mezclaba con las luciérnagas danzantes. Los demás animales también sentían la calidez de su felicidad compartida.



Con su corazón rebosante de luz y una sonrisa gigante en su rostro, Nico se acurrucó en su cama de hojas suaves. Se durmió profundamente, soñando con las aventuras del día y sabiendo que la alegría, cuando se comparte, es la más hermosa de todas.